

## **Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo.**

HOMILÍA DE MONS. RAFAEL ZORNOZA, OBISPO DE CÁDIZ Y CEUTA.

*Catedral de Cádiz, a 19 de junio de 2022*

Hoy tenemos una importante cita de fe para alabar a Cristo, manifestar nuestro amor a Él, mostrar nuestra alegría e invitar a todos a participar de ella. También el Señor tiene un gran compromiso con nosotros porque su gozo es *“estar con los hijos de los hombres”* (Prov 8, 31). El corazón de la Iglesia está en la Eucaristía, y la Eucaristía hoy está en la calle.

Si en el origen de la fiesta de Corpus Christi estuvo la intención de fortalecer la fe de los creyentes en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, también hoy, debemos mirar a Cristo Eucaristía para reconocer un Amor eterno que devuelve el sentido a la vida y saca al hombre de la desesperanza, de la soledad y del agotamiento extenuante del narcisismo y la ausencia de Dios.

Cristo Jesús está aquí presente porque Dios se hizo hombre por Amor infinito a los hombres, dio su vida por nosotros muriendo en la Cruz, *“nos amó hasta el extremo”* y sigue amándonos con una intensidad divina excesiva, hasta el punto de salir a buscarnos a cada uno para sanar nuestras heridas, consolar nuestros afectos y colmarnos de esperanza. Como en los caminos de Galilea sale hoy a nuestras calles pues *“pasó por el mundo haciendo el bien”* (Hch 10,38). Jesús se acerca hoy a nosotros y nos dice: *“Venid a mí los que estáis cansados y agobiados, que yo os confortaré”* (Mt 8,28). Y a los que viven la vida perdidos, sin sentido: *“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”* (Jn 14,6). Y a los desconsolados y abatidos por el pecado: *“Hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por cien justos que no necesitan conversión”* (Lc 15,7).

Dice el evangelio que Jesús *“tomó los cinco panes... y levantando los ojos al cielo, pronunció sobre ellos la bendición”* (Lc 9,16). Ese mismo gesto de Jesús anticipa la Última Cena con los suyos y la Eucaristía que celebramos hoy en memoria suya: *“Tomó pan, dando gracias lo partió y se lo dio diciendo: Éste es mi cuerpo que se entrega por vosotros”* (Lc 22,19). La multiplicación de los panes y los peces anuncia el don de sí mismo con el que el Señor quiere saciar a la multitud de la humanidad entera, dándonos así la vida eterna. El Señor, por esto, en la Última cena nos dejó esta encomienda: *“Haced esto en memoria mía”* (1Cor 11,22), porque la Eucaristía tiene algo que la distingue de cualquier otro memorial: es memoria y presencia a la vez, y presencia real, no sólo intencional; hace a la persona de Cristo realmente presente, aunque esté oculta bajo los signos del pan y del vino. Jesucristo está realmente presente en el Sacramento del altar.

En efecto, este es el misterio de nuestra fe que proclamamos *“hasta que el vuelva”*. Con el Espíritu Santo y las palabras del sacerdote obedeciendo el mandato de Jesús, el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, implorando a Dios que el Espíritu Santo haga de los comulgantes un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo. Los cristianos, al celebrar la Eucaristía, formamos la Iglesia, nos convertimos en hermanos. La Eucaristía es,

pues, el alimento que sostiene a los bautizados en el camino del éxodo por el desierto de la existencia, hoy un árido trayecto abrasado por la cultura de la muerte e ideologías ateas donde domina el poder, el placer y el tener por encima del sentido del servicio y del amor. Pero, igual que entonces Jesús multiplicó los panes en aquel “lugar desierto” y allí “*comieron todos hasta saciarse*” (cf. Lc 9, 11-17), también hoy sale a nuestro encuentro y camina a nuestro lado sosteniendo nuestra vida e infundiéndonos valor, confortando nuestro corazón para ser sus testigos, con la firme esperanza de que nos saciará en la Vida Eterna. He aquí el “*Pan del Cielo que contiene en sí todo deleite*”, el misterio supremo de nuestra fe.

Hoy es el Día de la Caridad. La Eucaristía –“*sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad*” [Sac Caritatis 47]— nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No sólo recibimos de modo pasivo al Señor, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. Él nos atrae hacia sí de modo que la Eucaristía es la fuente de la verdadera caridad. “*En la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo que consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada y ni siquiera conozco*” [SC 88]. La Eucaristía es así el fermento de solidaridad en el mundo que llega a curar las heridas diarias infligidas a la fraternidad. Esto es un aldabonazo a los cristianos, a nuestras necesidades y bienes, pero porque la Eucaristía nos capacita para atender al prójimo mirándole con los ojos de Cristo. Es sacramento del amor entre nosotros y es impulso de fraternidad y de paz en medio del mundo. Sin embargo, la caridad exige de nosotros una constante conversión que nos permita vencer todo egoísmo y olvido de los demás, y asumir la entrega generosa de lo que somos y tenemos, por lo que Cáritas Diocesana nos apremia a colaborar para remediar las graves situaciones de pobreza y exclusión que nos circundan.

Jesús se ciñó la toalla y con humildad asumió el oficio de los esclavos cuando lavó los pies de los apóstoles. El recuerdo de este precioso icono nos invita a acercarnos a los hermanos más pobres, a los que sufren, a los más necesitados, despojándonos de riquezas, de toda actitud de suficiencia, compartiendo con ellos lo que somos y tenemos. Sólo la solidaridad nos ayudará a avanzar por caminos que den vida y esperanza a los hermanos más pobres. Escuchemos hoy el clamor de los que mueren de hambre en el Tercer Mundo, o por los horrores de la guerra, el sufrimiento de los que están en paro, de los mayores solos y de los enfermos, de los desheredados, excluidos y víctimas de violencia, que sientan el amor y la cercanía de todos nosotros a través de nuestro compromiso solidario.

Hermanos: Nos hemos reunido alrededor del altar del Señor para estar juntos en su presencia. Hemos escuchado su voz con alegría y nos arrodillamos en adoración ante el Señor. Lo propio del Corpus es adorar. Adoremos, pues, al Dios de Jesucristo que se hizo pan partido por amor, que es el remedio más válido y radical contra las idolatrías de ayer y de hoy. Jesús, además, nos hace dar un paso adelante, nos pone en camino, paso a paso, con la fuerza de este Pan de la vida. La fuerza del sacramento de la Eucaristía va más allá de los muros de nuestras Iglesias. Caminemos también con él por las calles del mundo.

Dejemos que su Amor lo transforme todo, pues en este sacramento, el Señor se encuentra siempre en camino hacia el mundo. Caminemos con Él, y que Él camine donde nosotros caminamos, para que viva donde vivimos sabiendo que lo tenemos siempre a nuestro lado, sostenidos por la esperanza de poderlo ver un día cara a cara en el encuentro definitivo de la mesa gloriosa del cielo.

Digamos al Señor Jesús: ¡Mira a la humanidad que sufre, que vaga insegura entre tantas crisis e interrogantes; mira el hambre física y psíquica que le atormenta! ¡Da a los hombres el pan para el cuerpo y para el alma! ¡Dales trabajo! ¡Dales luz! ¡Dales a ti mismo! ¡Purifícanos y santifícanos a todos nosotros! Reúnenos desde todos los confines de la tierra. ¡Une a tu Iglesia en profunda comunión y une a la humanidad, herida por tantos dolores! Señor: ¡Quédate con nosotros! ¡Danos el Pan del Cielo, danos tu salvación! AMEN.